143

TEATRO CÓMICO
GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS AFICIONADOS

Proposición cómico-lírica

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

M. PERNÍ GARCÍA

MÚSICA DEL MAESTRO

ANTONIO PUIG

Estrenada con aplauso en el Teatro de la INFANTIL, de Madrid, la noche del 21 de Marzo de 1890.

MADRID
Luis Aruej, Cruz 12.
1890

3

LOS AFICIONADOS

LOS AFICIONADOS

Proposición cómico-lírica

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

M. PERNÍ GARCÍA

MÚSICA DEL MAESTRO

ANTONIO PUIG

Estrenada con aplauso en el Teatro de la INFANTIL, de Madrid, la noche del 21 de Marzo de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
Calle de San Cipriano, número 1,
1890

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pepita	Srta. Alonso.
La Afición al toreo	
Adolfito	Señor Viñas (D. Fernando).
Un Borracho	
La Afición al estudio	
Don Cristóbal	» Rodríguez.
Arturo	» Pesquera.
Miguelito	» Barba.
Alfredo	» Alonso.
Enrique	» Ramos.
Un Pescador	» Hidalgo.
Un Cazador	» Merino.
El Mañas	
Juan Espolones	» Torres.
Un Jugador	
Silvestre	» Campoamor.
Un Guardia	» Llanos.
Nicolás	

Coro de Velocipedistas y de Aficionados al toreo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los señores comisionados del TEATRO CÓMICO, GALERÍA LÍRICO DRAMÁTICA de D. Luis Aruej son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los autores de esta obra, tanto el de la música como el de la letra, al intentar llevar á cabo el atrevido proyecto de presentar en escena su primera producción teatral, diéronla á conocer á un determinado número de amigos. (1) Estos formaron de la obra un juicio demasiado benévolo, y para castigar su falta de imparcialidad, les dedicaron los autores su modesto trabajo.

Hoy les repiten aquí su humilde dedicatoria, rogándoles la acepten como prueba de la sincera amistad que les profesan sus afectísimos amigos

Mariano Perní.

Antonio Puig.

(1) No indicamos los nombres por si involuntariamente omitiéramos alguno.

673383

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Telón con puerta representando la Contaduría de un teatro. A la izquierda una silla y mesa con papeles colocados de modo que puedan retirarse desde dentro. á la terminación de esle cuadro. Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

ESCENA PRIMERA

HABLADO.

NICOLÁS en eacena y ARTURO que se presenta por la única puerta practicable.

ART. El señor empresario de este teatro?

NIC, Debe llegar enseguida. Tome usted asiento, si desea esperarle.

ART. Hombre, tomaré asiento, si deseo esperarle sentado.

NIC. Bueno Puede esperarle como guste.

UNA VOZ. (Dentro.)—Nicolás.

NIC. Voy. (Sale.)

ESCENA II.

ARTURO solo.

(Deja el sombrero sobre la mesa y pasea impaciente.)

Pues señor, vengo con tal timidez que no me llega la camisa al cuerpo. Voy á conocer

la opinión que de mi drama titulado *La vergüenza de un bandido*, han formado estos señores, y estoy sospechando que va á ser bastante desfavorable y que me va á producir el efecto de un escopetazo. Pero quién sabe? La recomendación que he traído de mi tío para el empresario, de quien es íntimo amigo, acaso le mueva á tenderme una mano compasiva. Por más que, en estos tiempos, no se proteje ni alienta á los jóvenes que nos sentimos con verdadera vocación de autores dramáticos. Pero, ea, ya está aquí don Cristóbal; pronto saldré de dudas.

ESCENA III.

DON CRISTÓBAL.—ARTURO.

CRIST. Hola, Arturito: cómo va desde nuestra última entrevista?

ART. Perfectamente. A usted le veo tan sano.

CRIST. Así, así; y qué hay de bueno?

ART. Pues usted lo dirá; porque vengo á eso precisamente.

CRIST. Cómo...?

ART. Sí: vengo á que me diga usted qué hay de bueno en mi drama *La vergüenza de un bandido*, que dejé á usted anteayer para su examen.

CRIST, Pues... de bueno no hay nada.

ART. (Aparte.) Malo...

CRIST. Sí; malo hay mucho. Me veo en la necesidad de decirle que la obra no es admisible en este teatro.

ART. (Aparte.) Estalló la bomba.

CRIST. Sin embargo, y como comprendo el sacrificio que ha tenido que hacer para venir á Madrid con el solo objeto de que su drama se representara, y atendiendo la recomendación de su tío, persona para mí muy estimable, á quien debo...

ART. (Interrumpiéndole.) Sí, ya lo se, doscientos duros...

CRIST. No me refería á ellos precisamente; pero, en fin, por servir á su tío y en beneficio de usted, voy á proponerle una cosa que debe aceptar, aunque para ello tenga que violentarse algo.

ART. Usted dirá.

CRIST. Sí; yo lo diré en dos palabras. Si desea que sus escritos para la escena le den algún renombre y alguna utilidad, deseche esa afición á la literatura dramática y dedíquese al cultivo del género cómico.

ART. Ay, don Cristóbal; me ha herido usted en lo más hondo con semejante proposición!

CRIST. No sea usted niño. Yo estaré á su lado y le daré los consejos necesarios para el feliz resultado de su empresa; de algo me ha de servir el haber echado la barba en el teatro.

ART. La barba, eh? Eso me recuerda el importante papel que tiene el *idem* en mi drama.

CRIST. Hombre, no me recuerde usted su drama, que acabo de almorzar. Titularle *La vergüenza de un bandido*, cuando todo el mundo sabe que no puede ser bandido más que un sin vergüenza. Vamos, anímese usted, y puesto que no se atreve, porque es género que no ha cultivado, podemos hacer lo siguiente: puesto que usted escribe por afición concretaremos la obra á presentar algunas clases de aficionados.

ART. Pero, si es que ni aun eso va á ser posible; porque desconozco las aficiones que por acá predominan.

CRIST. No importa. Yo le mostraré á usted algunas y escojerá las más apropósito para presentarlas en escena. Con que, tome usted el sombrero, guárdese su drama, y vamos á poner manos á la obra. (Arturo guarda el manuscrito que le entrega don Cristóbal en un bolsillo exterior de su americana.)

ART. Sí, señor; le pondremos manos, pero temo que resulte sin piés y sin cabeza. De todo esto me ahorraría si como me aconseja mi tío siguiese una carrera.

CRIST. Una carrera? Ahora va usted á ver algunas. Las más rápidas son las que se dan en velocípedo.

ART. De veras?

CRIST. Sí, va usted á verlo al momento. (Retíranse por la puerta del fondo.)

CUADRO SEGUNDO

Telón en segundo término. Figura la escena un paseo en las inmediaciones de Madrid.

ESCENA VI.

MÚSICA

CORO DE VELOCIPEDISTAS. (Señoras.)

Entran á escena por la derecha, retirándose por la izquierda.

Aquí estamos los chicos
de gran cabeza,
que Madrid paseamos
sobre dos ruedas.

—

Cogemos el biciclo,
apoyamos un pie
nos montamos de un salto
y á correr.

—

Es el velocípedo,
sin causar estrépito,
la distracción rápida
que hoy hay por acá;
aunque algunos tímidos
digan con su réplica
que es bastante incómodo
y expuesto además.
Pero cá!
no atiendan ustedes

su modo de hablar
que los que esto dicen
no pueden montar;
y pasean á pié
toda la ciudad,
y ellos no disfrutan
la comodidad
de este gran derroche
de velocidad.

—

Yo con gran silencio
me entro por acá
siempre velozmente
raaaaa...
(Imitando el leve rozamiento de las ruedas.)
Y cuando me encuentro
á algún infeliz
ya le avisa el timbre.
Tin, tin, tin, tin, tin. (Timbre en la orquesta.)

—

Ya saben ustedes
cuál es el recreo
con que desechamos
nuestro mal humor.
Digan francamente,
sin ningún rodeo,
qué juicio han formado
de nuestra afición

—

Vamos, pues,
á montar,
y en seguida
á bajar,
y á subir,
y á tocar,
y á correr,
y á volar.

ESCENA V.

HABLADO

DON CRISTOBAL y ARTURO, entrando por la derecha.

CRIST. Qué le ha parecido á usted
la afición al velocípedo?
ART. Pues, la verdad, me ha gustado;
es un juego entretenido
y además un saludable
y conveniente ejercicio.
Ahora está de última moda
por lo poco que yo he visto.
CRIST. Sí, señor, se acojan á él
los muchachos distingnidos,
ó mejor, desocupados,
que viene á decir lo mismo,
que á su ociosidad encuentran
medicina en el biciclo.
ART. Pues de éste, según yo creo,
se puede sacar partido.
CRIST. Sí, señor; partido el cráneo,
un brazo, un pie, un tobillo,
ó cualquier miembro importante
de los que usa el indivíduo
en producir velozmente
movimiento tan contínuo.
Porque le advierto, que á veces
hay quien pierde el equilibrio,
y cae de frente ó de espaldas
y se rompe hasta el bautismo.
ART. Pues á pesar de esas contras
es muy bueno y muy bonito...
CRIST. No diga usted muy barato;
eso ya se lo prohibo.
ART. Pues no debe costar mucho;
más caro sale el capricho
de montar un buen caballo
con cebada mantenido:
éste, al fin, no come paja;

y aquí debe haber, de fijo,
mucha gente aficionada
á los caballos.

CRIST. Amigo,
pues si es lo que más abunda
en el final de este siglo.
Ahí es nada, los caballos!
la herradura! digo, digo,
si ya la usa todo el mundo,
hasta fuera de su sitio.
En corbatas, en bastones,
y en colgantes de bolsillo,
no ve usted más que herraduras,
ó de hierro ó de oro fino;
y es porque la equitación
cuenta con muchos adictos...
A propósito, se acerca
un *sportman*, chico fino,
el cual con los animales
sostiene trato contínuo.
El le pondrá en pormenores
si se atreve á abrir el pico.

ART. Por mi parte sello el labio.

CRIS. Va al hipódromo.

ATRT. Qué tipo!

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUELITO por la derecha.

MIG. Viéndome con este andar
y esta figura elegante,
no se pueden figurar
que mi afición dominante
es la afición á montar.
Siendo niño todavía
ya mostré yo esta manía
por la afición que me emboba:
me pasaba todo el día
en la caña de una escoba.
Después, cuando fuí creciendo,

fuí deseando y queriendo
otras cosas que me callo,
y á la vez tambien sintiendo (Marcado.)
ambiciones de caballo.
Lo tuve efectivamente;
un hermoso y bravo potro
de pelo fino y lucientel
le aseguro francamente
que como aquel no ha visto otro.
Era de condición tal
que no se da en animal
más nobleza ni bravura:
qué cola tan especial!
qué cabeza! qué figura!
Con qué arrogancia y destreza
gallardeando la cabeza
me mostraba en el paseo!...
Yo desde entonces no veo
nada con tanta belleza
Como aquel á quien quería
cual si fuera de mi raza:
fué mi primera alegría,
y por verlo en esta plaza
yo no sé lo que daría.

ART. ¿Es que murió?

MIG. Sí, murió;
lo tuve muy breve plazo,
pero este tiempo bastó
para causarme un porrazo
que en verdad me fastidió.
Por fortuna aquella herida
no fué de efectos fatales,
aunquo no curé enseguida.

CRIST. Pues amigo, esta es la vida
y así son los animales.

MIG. Sí: pero yo creo que cuando
al hombre le va gustando
aquella á que se dedica
por ello se sacrifica;
así es que sigo montando.

ART. Cultiva usted todavía

sus aficiones primeras?...

MIG. Y con más fé cada día.
Ahora voy á las carreras.
(Vase por la izquierda.)

ART. Me hace gracia su manía.

ESCENA VII

DON CRISTOBAL.—ARTURO.

CRIST. Ahí lo tiene usted. Un hombre
que en su elemento se encuentra
montado sobre un caballo
ó contemplando una yegua.
Para él en eso consiste
la felicidad suprema.

ART. Es verdad, y su lenguaje
claramente lo revela;
por lo que observo que hay gente
que está con gusto dispuesta
antes que hacer cualquier cosa
contraria con sus ideas,
á pegar un barquinazo
y romperse la cabeza.

CRIST. Pues ahí verá usted; hay muchos
á quienes eso deleita;
y yo por mí en esta gente
encuentro una cosa buena;
tienen estas aficiones
y son esclavos de ellas:
no son como los que solo
lo fingen y lo aparentan,
como podrá usted observar
en estos tipos que llegan.
(Mirando hacia la derecha.)
Todas las noches á la Opera
es tan puntual su asistencia
que parece que á la música
tienen afición tremenda;
y sin embargo, para ellos
toca lo mismo la orquesta

que esos pianos ambulantes
que con su manubrio suenan.
Mas con esto se dan tono
y está su honra satisfecha.

ART. Son estos dos figurines?
(Refiriéndose á los personajes que llegan.)

CRIST. Sí, de levita y chistera.

ESCENA VIII.

DICHOS al fondo.—ALFREDO y ENRIQUE por la derecha y cojidos del brazo.

ALF. Con que, querido Enrique: qué te pareció anoche *El Barbero*?

ENR. Muy bien, chico: á pesar de ser la primera vez quedé muy satisfecho. Ni un corte siquiera.

ALF. Es natural, si es una joya, para qué darle cortes? Además, que el público no lo hubiera consentido.

ENR. (Distraido y sin comprender lo que dice Alfredo.) Quien no lo hubiera consentido hubiese sido yo; que al público poco le importa que á mí me dejen el cutis hecho una carnicería.

ALF. Pero... de qué hablas?

ENR. Pues hombre, del barbero; no me preguntas por él? Como ahora he dejado un barbero inglés y he tomado un español, que ya veremos si le doy también nacionalidad en Inglaterra, y anoche me sirvió por vez primera, por eso te digo que me ha resultado excelente.

ALF. No hombre, has interpretado mal mi pregnnta: yo me refiero al *Barbero* de Rosini.

ENR. Toma, y qué tengo yo que ver con ese barbero. Si le da una cuchillada á Rosini, pues Rosini se las entenderá con él.

ALF. Vuelta. Si de lo que te habló es del *Barbero de Sevilla.*

ENR. (Sin comprender todavía) Pero, en qué quedamos. Ese barbero es de Rosini ó de Sevilla.

ALF. De los dos, hombre, de los dos. Si es la Opera que anoche oimos en el Real.

ENR. Ah, si; la ópera que cantaron anoche!...

ALF. Una obra magistral! ..

ENR. Tienes razón, prodigiosa. Es un derroche de inspiración el que ha empleado el maestro Sevilla en escribir el *Barbero* de Rosini...

ALF. (Interrumpiéndole.) Al revés...

ENR. (Id) Pues más mérito todavía que si la hubiese escrito al derecho.

ALF. Cállate. La ópera se titula *El Barbero de Sevilla* y está escrita por el maestro Rosini.

ENR. Sí, lo que yo decía...

ALF. Parece mentira que seas un abonado del Real. No conocer ni el título de las obras.

ENR. Pues, ahí verás. Yo con figurar en la lista de abonados, y acudir todas las noches á saludar á la marquesa y á enviar sonrisitas á Luisa, estoy satisfecho: lo demás para mí es música celestial, ó mejor, música extranjera, porque todo lo tocan en francés.

ALF. Pienso exactamente lo mismo que tú.

ENR. Si, eh? Como que el preocuparse por esas solfas es una tontería.

AFL. Claro. Para personas de gusto, nosotros, que pagamos nuestra butaca por lucir el frac que debemos.

ENR. (Señalando hacia la izquierda). Mira, Alfredo: por allí pasan en este momento las de *Campo verde*. ¿Vamos á saludarlas?

ALF. Sí; haremos hora para visitar á la condesa de *Valdelaseca*. (Míranse ambos el traje y arréglanse la corbata y el sombrero disponiéndose á marchar). ¡Ah! si hablamos de la ópera procura no decir alguna nueva inconveniencia.

ENR. No, hombre, qué he de decir ninguna nueva? Diré las de siempre. (Vanse por la izquierda).

ESCENA IX

D. CRISTÓBAL.—ARTURO

CRIST. Estos son los que deshonran

(Refiriéndose á los personajes de la escena anterior).
la clase de aficionados
que son verdaderamente
entusiastas del *bell* canto.

ART. Si á mí me es fiel la memoria
yo los he visto en el teatro.

CRIST. Sí, señor; estos son esos
que pasan al escenario
y llevan á las coristas
caramelos y regalos.
Son los que entran en la sala,
cuando la obra ha comenzado,
sin quitarse los sombreros
dando fuertes taconazos.
Los que andan constantemente
de este para el otro lado,
viendo á las de la platea,
saludando á las del palco.
En fin, y en una palabra,
los que parecen los amos.
Los que no saben qué hay
en la obra de bueno ó malo,
porque ellos no van á eso
que lo creen muy ordinario,
aunque igual les pasaría
si quisieran intentarlo;
porque no saben más que
lucir el cuello estirado,
ponerse bien los faldones
y tirar medios cigarros.
Vivir aparentemente
lo mismo que un millonario;
para pagar el abono,
pedir dinero prestado,
y no temer la invasión
de los *ingleses* más bárbaros.
Los conozco muy á fondo;
mi profesión de empresario
me hace que tenga con ellos,
no mucho, pero algun trato.

ART. Pues como escriba mi obra
les voy á pegar un palo.

CRIST. ¡Oh! No, no: de ningun modo;
no debe usted ni pensarlo;
pues figuran casi siempre
en la lista de abonados,
y, como comprenderá,
son los que pagan el gasto.

ART. Entonces, usted dispense,
y retiro lo que he hablado.

CRIST. Ahora va usted á ver un aficionado muy singular.

ART. Sí?

CRIST. Un aficionado á una aficionada á la música.

ART. Cómo?

CRIST. Ella es una chica alumna del Conservatorio, y él un muchacho que la pretende con insistencia. Todos los días la sigue tercamente, y en cuanto logra una ocasión, le habla muy apasionado de sus amores y comienzan á hacer arpegios y escalas; él para insistir en sus pretensiones, y ella para rechazarle.

ART. Tiene gracia.

CRIST. Si desea usted oirlos, diríjanos al sitio en que por lo general tiene lugar el asalto.

ART. Vamos allá con mucho gusto. (Retíranse por la derecha.)

CUADRO TERCERO

Decoración de plaza.

ESCENA X.

MUSICA.

PEPITA, con papeles en la mano y ADOLFITO impidiéndole el paso para que le escuche. Ambos por la derecha.

ADOLF. Pepita, va usté sola?
PEP. Adolfo, si señor.
ADOLF. Quiere que la acompañe?
PEP. Gracias por el favor.

ADOLF. Tengo que decir á usted
dos palabras muy formal.
PEP. Pues lo siento, pero voy
á la Escuela Nacional...
ADOLF. Pues la acompaño y tendremos
ocasión así de hablar.
PEP. Eso yo no lo consiento
ni tampoco mi mamá,
porque ya ve usté la gente
qué dirá!
ADOLF. Pues que diga lo que quiera,
porque á mí ni fú ni fá.
PEP. Pues si á usté no le interesa
lo exige mi dignidad.
(Pepita queriendo salir. Adolfito solicitando su atención.)

ADOLF. Oiga usted mi ruego,
calme usted mi amor,
no sea usted ingrata
do, re, mi, fa, sol.

PEP. Déjeme usted en paz
retírese usté,
yo se lo suplico
si, la, sol, fa, re.

ADOLF. No rechace esquiva
mi ardiente pasión,
que estoy hace tiempo
tocando el violón;
por todo ese cuerpo,
por esa beldad,
que me tiene á punto
de desafinar.

PEP. Rechazo su ardiente
furiosa pasión,
porque si usté me ama
no le quiero yo;
y así, usted comprenda
que nunca podrán,
nuestros corazones
latir á compás.

LOS DOS. { No rechace esquiva, etc.
Rechazo su ardiente, etc.

ADOLF. No sea usted ingrata
y hágame feliz,
repita conmigo
el dichoso *sí.*

PEP. A que usted lo sea
no me opongo yo,
pero hoy como siempre
le digo que no.

ADOLF. Sí.

PEP. No.

HABLADO.

(En este diálogo, como en el duo, ella queriendo marcharse y él impidiéndoselo.)

ADOLF. Pepita, no sea usted despiadada.

PEP. No sea usted terco, Adolfito.

ADOLF. Pero, qué? Sostiene usted su resolución. Tengo que sufrir la pena sin esperar el consuelo del indulto?

PEP. Ya le he dicho á usted varias veces que puede hacer lo que mejor le acomode. No pretenda usted más el anhelado *sí*, porque siempre recibirá la misma respuesta.

ADOLF. Toma, si por toda contestación me da usted unas calabazas que me amargan de un modo horrible. Así es que debe comprender mi desesperación. Tener que resignarme con las calabazas, siendo usted un bocado tan rico. (Muy marcado.)

PEP. De veras?

ADOLF. Sí, es la verdad desnuda. Las cosas de las señoras me gustan todas así.

PEP. Está usted muy enamorado y esto le perjudica bastante, y acabará por trastornarle el juicio. Discurre usted lo mismo que si en vez de cabeza tuviese una sandía.

ADOLF. Dice usted muy bien. Estoy un poco tocado y usted es la Pepita que más falta le hace á este melón. Vamos, dígame usted francamente...

PEP. (Interrumpiéndole enfadada.) Quiére usted que le repita lo que otras veces le he dicho? Me es imposible acceder á sus pretensiones porque quiero consagrarme exclusivamente al arte de la música, á cuyo estudio me dedico, y no estoy por perder el tiempo en tontas conversaciones. Ea, ya está usted enterado por última vez de mi resolución; porque le advierto que no volveré á hablarle más de semejante asunto, ni de ningún otro.

ADOLF. Pero, por qué?

PEP. Porque me es usted tan antipático que no puedo quererle ni aun de palabra.

ADOLF. Bueno, pues quiérame usted de obra. (Queriendo abrazarla) Con eso me contento.

PEP. (Rechazándole.) No sea usted atrevido porque le rompo esta sonata en las narices.

ADOLF. Ay, Pepita. Es que no puede usted figurarse cuán grande es el amor que por usted siente mi corazón...

PEP. Pues lo siento..

ADOLF. ¡ Ah ! usted también lo siente; pues entonces ..

PEP. No, hombre, no. Que siento que sea tan grande y que le haga sufrir de ese modo. Vaya, abur; páselo usted bien y no se vuelva á acordar del santo de mi nombre.

ADOLF. Del santo de su nombre podré no acordarme (Muy apasionado) pero ¡ay! de usted...

PEP. Tampoco. Sepa que pierde el tiempo que invierta en ello. Con que adiós.

ADOLF. (Suplicándole de rodillas.) Pero Pepita, por la clave de *fá*, concédame usted á lo menos un compás de espera...

PEP. (Al irse por la izquierda.) Lo dicho.

ADOLF. Nada, desapareció.

ESCENA XI.

ADOLFITO

Pero ¡cá! no he desistido;
porque mi amor crece y crece,
y yo soy un buen partido:
me parece!
Y si ya en tres ocasiones
me ha dicho que no hablaremos,
en otras declaraciones
¡qué sabemos!
Puede variar de opinión
en premio de mi constancia
para darme un alegrón
de importancia.

Conque así, á trabajar listo
que el agua horada la piedra;
y su furor está visto,
no me arredra. (Pausa.)
(Medita su plan) En dos semanas ya es mía;
cuatro meses nos hablamos,
y luego en un solo día
nos casamos.
Y estaremos desposados
á la fecha que yo quiero;
para últimos ó mediados
de Febrero.
Ay! tan solo de pensarlo
se me alegra el alma ya;
pues si llego á realizarlo,
qué será?
Nada: que como suceda,
de placer me vuelvo loco;
con que, sálvese el que pueda...
(Casi saltando de gozo.)
(Reflexionando de pronto.) Poco á poco.
(Pausa.) Voy el discurso á pensar;
y en la primera ocasión
que me la llegue á encontrar,
cataplón!
La miro De cabo á rabo
lo recito en su presencia ..
y la vence al fin y al cabo
mi elocuencia.
Diré que buscó *la clave*
de llegar al matrimonio. .
pero si eso ya lo sabe,
qué demonio!
(Con resolución) Mas volveré á repetirlo
y á fuerza de tanto ruego
yo lograré conseguirlo.
Hasta luego.
(Saluda y vase por la izquierda)

ESCENA XII.

SILVESTRE Y JUAN ESPOLONES, por la izquierda. Cada uno de ellos con una jaula de gallos ingleses donde se supone van los animales que dan lugar á la cuestión. Al llegar ambos en medio de la escena, dejan las jaulas y comienza el diálogo.

SILV. No digas tú que ese gallo
es un gallo de pelea,
mientras tenga este espolones
y haya gente que lo entienda.

ESP. (Como si no quisiera contestarle.)
Hombre, creerás francamente
que me está dando vergüenza
que digas tú esas palabras;
y además, en mi presecina,
de un gallo que es una jaca
verdaderamente inglesa;
que ha causado ya más víctimas;
que el tifus y la viruela,
y que ha ganado peleando
muchos miles de pesetas.

SILV. (Riéndose de lo que ha dicho Juan.)
(Aparte.) Lo que es estos ignorantes
me marean y me revientan.
(Con calma.) Mira, ese gallo será...
será todo lo que quieras;
pero ni es gallo, ni es jaca
ni tampoco es de Inglaterra,
ni ha dado un espolonazo,
ni te ha ganado una apuesta.
Para animal de coraje,
y de intención y de fuerza,
pues... mi gallo el *portugués*,
de plumas blancas y negras,
el que le dió al *Polizonte*
un pinchazo con tal fuerza
que lo dejó casi muerto
dando aletazos en tierra;
el que al *Bizco* sacó un ojo,
y á la *Ciega* dejó tuerta,

y el que ha ganado igualmente
en otras muchas peleas,
al *Feo* y al *Desheredado*,
y al *Valiente* y al... etcétera,
que no estoy yo por cansarme
con la relación completa
de todos los hechos de armas
que ha ganado en su carrera.
Este, ya se ve, que es un
animal en toda regla,
y no el tuyo, que es un gallo
más blando que la manteca.

ESP. (Muy mal humorado.)
Vamos, ya me cansé de oirte
y porque tengas vergüenza,
te voy á dar dos trompadas
para dejarte sin muelas.

SILV. (Muy tranquilo.)
Hombre... no seas arbitrario.
Si tú quieres, se pelean;
se apuestan cincuenta duros
y el que gane... se los lleva.

ESP. (Más alterado.)
Eso haría yo con un hombre
que tuviera más decencia,
que tu no la has conocido
porque no se usa en tu tierra.

SILV. (Queriendo ya defenderse.)
Eso es faltarme y yo siempre
recojo las indirectas.
Con que . retira esa frase.

ESP. Está dicha... y dicha queda.

SILV. Juanillo, mira que como
se me suba á la cabeza
la sangre, va á correr mucha.

(En este momento don Caistobal y Arturo que llegan por la derecha se interponen entre ambos evitando la pelea.)

CRIST. Caballeros, no haya gresca.

ESCENA XIII

DON CRISTOBAL.—ARTURO.—JUAN y SILVESTRE.

CRIST. Vamos, hagan ustedes las paces y no se disgusten por una cosa tan pequeña...

ESP. No es tan pequeña, que se trata de un gallo muy grande ..

CRISP. Hombre, por el gallo de la pasión, déjense ustedes de trabar cuestiones por dos animales que no merecen la pena...

ART. Sí; merecen la pena de muerte...

CRIST. Y en todo caso, hagan ustedes la apuesta con la formalidad que se acostubra, y de aquel que gane será el dinero y la victoria.

SILV. (Incomodado.) Si ya se lo he dicho; poro como sabe que...

CRIST. (Interrumpiéndole y poniendo orden.) Déjeme usted hablar. La apuesta queda hecha por mi mediación con la cantidad que usted quería; (Por Silvestre) y el que gane queda obligado á pagar un café á los presentes.

SILV. Por mi parte, convenido.

CRIST. Y usted qué dice?... (A Juan)

JUAN. (De mala gana.) Pues. . conforme. (Aparte.) (Ahora sí que no hay quien me levante el gallo, porque en esta riña me lo matan.)

CRIST. Me alegro de haber llegado tan en ocasión de evitar á ustedes un disgusto; y puesto que los dos están de acuerdo, queda hecho el trato.

JUAN. Sí, señor. Pagaré á ustedes el café.

SILV. Ya verán como escarmiento á este lengua larga. (Toma cada uno su jaula y salen por la derecha empezando la disputa.)

ART. (Viendo que al salir vuelven á la cuestión.) Arreglarse, arreglarse.

ESCENA XIV.

DON CRISTÓBAL.—ARTURO.—UN MUNICIPAL, por la izquierda.

GURD. (Entra muy despacio. Pausa.) Si yo no he oído mal, por aquí se oían voces lo mismo que si estuvieran disputado. (Al ver á don Cristóbal y Arturo.) Ustedes han oído algo?

CRIST. Algo, no señor; hemos oído mucho.

GUARD. Y qué han oído ustedes?

CRIST. Pues eso ya no se lo podemos esplicar; porque casi todo lo hemos oído como quien oye llover. Es que anda usted siguiendo la pista á algunos criminales.

GUARD. Criminales? Si no los hay; si no puede haberlos. Calculen ustedes si con un cuerpo como el nuestro, y con estos sables que llevamos colgados, va á ver quien se atreva á cometer un despropósito. Ya han visto que por solo oir que hablaban fuerte me he presentado aquí al poco; es verdad que he venido muy despacio, pero si hubiese sido cosa de importancia, pues .. echo á correr. Ahora, convencido de que no se ha alterado el orden, me vuelvo á mi puesto, para vigilar y hacer cumplir el bando de buen gobierno.

CRIST. Dónde está?

GUARD. Quién, el bando?

CRIST. No; el buen gobierno.

GUARD. Tengan en cuenta que están hablando con una autoridad y que se prohiben los gritos suspensivos. Con que, me vuelvo á mi sitio, aunque sé muy bien que no ocurrirá nada; pues en estos tiempos no hay quien haga una acción mala y todos son personas muy decentes. (Vase. Al salir el Guardia por la izquierda entra El Mañas por el mismo sitio; al encontrarse se saludan afectuosamente.)

ESCENA XV.

DON CRISTOBAL.—ARTURO.—EL MAÑAS.

MÚSICA

MAÑAS. Que me llaman el *Mañas*
es muy sabido,
pero yo tengo ahora
que repetirlo.

De la gente que ejerce
la profesión,
no se encuentran, modestia!
dos como yo;
porque sé, y tengo vista,
y distinción,
y finura, y modales...
(Hablado á don Cristóbal.)
Tié usté reló...

CRIST. No señor. (Hablado.)

MAÑAS. Pues aunque no lo lleve
se *quea* usté sin él,
que mayores milagros
ha hecho este *gaché.*

Yo, *pa* que usté se entere,
trabajo solo,
y en unión de la Paca
que guisa, como.
Una moza que vale
pero mucho oro,
dicho sea sin ofensa
del amor propio.
(A Arturo.) Más barbiana y más currra..,

ART. (Hablado.) No la conozco.

MAÑAS. Le advierto que no le hace
falta tampoco,
que el día que la mire

siquiá con un ojo
se *pué* contar *requiescant*
porque lo *mojo*.

No hay en Madrid valientes
de calidad,
como lo es, verbo en gracia,
este barbian;
y con esta figura
que tengo yo,
no hay otro en los que ejercen
la profesión.

HABLADO

MAÑAS. Olé ya! Que soy el tipo
de más salero y *fineza*
de cuantos toman sortijas
y relojes y cadenas.
Y si yo lo digo es
porque tengo inteligencia
para distinguir las cosas
que son malas, de las buenas;
como, verbo y por ejemplo:
un lazo, de una pulsera,
la plata, del metal blanco
y un *perro*, de una peseta.
A mi me llaman *El Mañas*
las personas que me aprecian;
no digo que esté bien dicho,
porque siempre es cosa fea
el que uno se ponga títulos
que honren su delicadeza;
pero lo vengo á decir
por hacer la referencia
de que todo el mundo sabe
que no hay en la villa entera
quien pueda, como yo lo hago,
tomar un portamonedas.
Porque aunque á primera vista
á muchos facil parezca,

para esto se necesita...
(y que no sirva de ofensa)
conocer los importantes
estudios de la materia.
No hay muchísimas personas
que conocen *toas* las letras,
y saben cual es la *ene*,
y la *ele*, y la *ka*, y la *zeta*?...
Y si lo saben, por qué es?
Porque fueron á la escuela
y el maestro les dió lecciones
y les dió con la palmeta.
Pues lo mismo pasa en esto...
porque creo que se asemeja
la comparación que cito
pa aclarar lo que desean...

ART. (Interrumpiéndole.)
Si no deseábamos nada...

MAÑAS. (Pausa.)
Hombre no sea usted babieca,
y *distinga* cuando trate
con personas de vergüenza.
(De mal humor.)
Sepa usted que no está hablando
con ninguna verdulera
á quien dejársele puede
con la palabra en la lengua;
(Con creciente alteración.)
que este que *tié* usted delante
tié su fama muy bien puesta,
y ya sabe todo el mundo
que es hombre de muchas *prendas*.

CRIST. (Queriendo tranquilizarle.)
Pero si no hemos tratado
de hacerle ninguna ofensa...

MAÑAS. Otra interrupción. *Mecachis*!
Vamos, si el pico no cierran,
van á ir á la prevención
más pronto que á la carrera.
(Furioso)
Pues es que así á un ciudadano

pacífico se atropella
y se le pone en el caso
(Marcado.)
de que corte dos cabezas.
(Durante estos últimos versos el Mañas habrá sustraído á Arturo del bolsillo donde lo llevaba guardado, el manuscrito de su drama.)

CRIST. (Este hace aquí un disparate...)

ART. (Pero cómo se subleva. .)

MAÑAS. (Muy tranquilo.)
Vamos, cállese *cuatro ojos*.
No me sea usted más pelma, (A Arturo.)
y si se ha pasmado tome
cuatro copas... de agua fresca;
porque me voy y no habrá
ya ni drama ni comedia.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XVI.

DON CRISTOBAL y ARTURO.—Después UN BORRACHO y UN JUGADOR.

ART. (Pausa.) Caracoles! Qué susto tengo ahora mismo dentro del cuerpo.

CRIST. Sí, eh? Parece que le han sobrecojido á usted la presencia y las barbaridades que ha dicho ese avestruz

ART. Calle usted, si pensé que nos trinchaba. Vaya un encuentro para nosotros, que nos dedicábamos tranquilamente á ver algunas clases de aficionados.

CRIST. Si este es uno de ellos.

ART. Este...?

CRIST. Sí señor; aficionado á lo ajeno.

ART. Pero, cómo le dejan que ejerza tan descuidadamente su industria y asuste á los pacíficos transeuntes?

CRIST. A esa pregunta ya no le puedo contestar. Usted ha oído hace poco al guardia que aseguraba que no había gentes á quienes corregir ni castigar;

y es porque esto lo miran con la mayor indiferencia á fuerza de verlo tantas veces. Así es, que ese roba, este juega, (Señalando á la derecha por donde aparece en este momento el jugador.) aquel se emborracha (Id. á la izquierda.) y vamos andando.

(Por la izquierda el borracho. Procúrese no exajerarle demasiado.)

BOR. (Al público.) Habrá gente que diga que yo voy *alumbrado*, y sin embargo ahora mismo no veo por donde ando.

JUG. (Al público.) Luego extrañarán que uno sea tan republicano, cuando acabo de perder quince duros por la maldita salida de un rey de copas.

BOR. Copas. Este es un amigo mío. (Advirtiéndo la presencia del jugador y acercándose á el.) Hola, venga un abrazo, qué tal?

JUG. (Con energía.) Muy bien. Apesar de tantas contrariedades todavía me mantengo firme.

BOR. Hombre, no puedo yo decir lo mismo.

JUG. Claro; como que usted subirá ahora de la taberna de *Juan el eclesiástico* y con los vapores del vinillo se le va la cabeza.

BOR. Y á usted no se le va nada porque bajará ahora del monte.

JUG. No: porque ya se me ha ido.

BOR. ¿Sí...?

JUG. Se me han ido quince duros más constitucionales que la misma Constitución. Había apuntado á un ás...

BOR. Y le ha salido el tiro por la culata.

JUG. Sí; cuando menos lo esperaba se ha presentado el rey.

BOR. Vaya una sorpresa. Pues yo me he bebido siete copas de peleón, y cuando ya la estaba esperando se ha presentado la borrachera. Es lo bueno que tiene este juego, que ya sabe uno el resultado; y si usted no fuese vicioso y como muchas veces le he dicho hiciera lo que yo hago, no se encontraría á estas horas con que ha perdido quince duros sin comérselo ni bebérselo.

JUG. Y que me son de mucha necesidad...

BOR. Ya lo creo. Como que no hay nada tan duro como no tener un duro.

JUG. (Con resolución y energía.) Pero qué demonio! había yo de dejar de ser quien soy para no confiar en recobrarlos.

BOR. Ah, eso sí. Es lo que tienen los jugadores; pueden decir, si hoy me caigo, mañana me levanto; pero los que tenemos aficion á la uva líquida no podemos decir tal cosa, porque nos caemos y como no nos levante la caridad, ó los del orden, nos estamos del mismo modo hasta la resurrección de la vida perdurable.

JUG. Como que todo tiene sus contras, què todos conocemos.

BOR. (Al jugador en voz baja.)
Pero tenemos deber
de resistir y callar.

JUG. (Al borracho en voz baja.)
Eso debemos hacer;
con paciencia *barajar*.

BOR. Pues yo me voy á beber.
(Notando que no tiene dinero.)

JUG. Y yo voy... á ver jugar.
(Sale cada uno por el lado opuesto al que entró.)

ESCENA XVII

DON CRISTÓBAL.—ARTURO.

CRIST. Es el único entretenimiento que tienen. El uno, todo su afan consiste en apurar el tinto de un tonel. (Refiriéndose á los personajes de la anterior escena.) y el otro en *verlas venir*, como generalmente se dice.

ART. Pues son distraciones inocentes. Llevamos unos cuantos tipos que no he podido entrever los servicios ni la utilidad que á nadie puedan producir. Gastan el tiempo en perjudicarse á sí mismos y son por todo el mundo considerados como gente viciosa é indigna.

CRIST. Es verdad. Pero nos queda el consuelo de que no todos son borrachos y jugadores. Hay otras aficiones que siguen muchísimos, en las que encuentra el individuo el recreo que busca, reportándole á la vez alguna ventaja.

ARA. Tendría mucho gusto en ver alguna muestra de esta clase.

CRIST. Si señor. Va á quedar satisfecha su curiosidad con la llegada de estos dos tipos.

ART. Y á qué afición rinden culto?

CRIST. A la caza y la pesca.

ESCENA XVIII

DON CRISTÓBAL y ARTURO al fondo

MUSICA

Por la derecha un Cazador con escopeta y traje de caza. Por izquierda un Pescador con caña y demás objetos de pesca.

CAZ. No se encuentra un ejercicio.
que dé tanta agilidad
como este que yo practico
de cazar.

PESC. Será verdad lo que dice,
mas siquiere usté engordar
no tiene más que venirse
á pescar.

CAZ. Yo en cogiendo la escopeta
al sitio me voy andando
y allí paso todo el día
corriendo y matando.

PESC. Yo cuando llego á la orilla
voy las cañas colocando
y allí paso todo el día
tranquilo, esperando.

CAZ. Yo estoy en acecho,
llega la ocasión,
monto la escopeta (Imitando lo que dice.)
y en seguida, pon!

PESC. Yo tiro de la cuerda

por si pica algún pez
poner cebo al anzuelo
y largarlo otra vez.

CAZ. Pero hay, ademáa,
de esto modo y manera
de cazar...

PESC. Y pescar...

CAZ. Otra caza...

PESC. Y otra pesca...

LOS DOS. Muy singular.

—

CAZ. Hay gente que siempre
va á caza de un primo
por darle un sablazo
con grande crueldad.

PESC. Hay otros que quieren
pescar un destino
por darse el gustazo
de no trabajar

CAZ. Hay quien ya conoce
tan bien en el terreno
que acierta los tiros
aun sin munición...

PESC. Y siendo tan sólo
cabo de serenos
pesca la cartera
de Gobernación.

LAS DOS. Y esto digo yo,
por qué pasará?
Ustedes lo saben, todos lo sabemos...
pues no hay más que hablar.

—

CAZ. Celedonio quiere
cazar á una chica,
pero, por supuesto,
con buena intención...

PESC. Porque es un muchacho
de mucho talento
y que además tiene
muy buen corazón.

CAZ. Según dicen lenguas

pronto la muchacha
una gran fortuna
tendrá que heredar...

PESC. Y él pasa los días
sufriendo y pensando,
por no saber cierto
si la pescará.

LOS DOS. Y esto digo yo, etc....
(Váse cada uno por el lado opuesto al que vino.)

ESCENA XIX.

HABLADO

DON CRISTOBAL.—ARTURO.

CRIST. Aunque para aquellos que no gustan de estas aficiones sean tontas y pesadas, para los que á ellas se dedican tienen muchísimos encantos.

ART. Sí, esto ya me agrada algo, porque á lo menos ellos se entretienen y á nadie perjudican.

CRIST. Pues bien. Ahora prepárese usted á ver una afición que dudaba si presentársela ó no; pero ya estoy decidido, la verá usted.

ART. Y cual es?

CRIST. La afición al estudio; puede que ni aun la haya usted oido nombrar, tan poco es lo que abunda. Aquí está.

ESCENA XX

DICHOS y LA AFICIÓN AL ESTUDIO.

(La Afición al estudio se presenta en traje de levita, con gafas, y con un libro abierto en la mano, que cierra al llegar en medio de la escena y comenzar el monólogo.)

AFIC. EST. Voy sin ningun temor á confesarlo,
aunque puedan reir de mi rareza;
mi ambición y mis sueños se reducen

al estudio constante de la ciencia.
Yo soy el hombre que afanoso busco
del progreso la senda verdadera,
para enseñar á todos el camino
por donde el bien y la verdad se encuentran.
Por mi afán se descubren los metales
en las duras entrañas de la tierra,
y se conoce el rumbo cierto y fijo
que siguen en el cielo las estrellas.
Mi sublime poder todo lo vence;
á mi gran voluntad todo se entrega;
pues dicto leyes hasta al rayo fiero
que brilla pavoroso en la tormenta.
Mas... qué llego á alcanzar con este anhelo
y cómo logro al fin la recompensa?...
Dándome su desprecio casi todos
y no teniendo nunca una peseta.
Pues aunque mi alma con amor creciente,
llena de celo y de entusiasmo llena,
trabaja con constancia, no he podido
encontrar quien me aliente ni comprenda.
Mas... qué le hemos de hacer? Tengo esperanza;
y si no fuese inútil mi faena,
en vez de los desprecios y el olvido
que ya impacientes á mi nombre esperan,
me ceñiré del génio la corona
y mi gloria y mi fama será eterna.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XXI

DON CRISTÓBAL.—ARTURO.

CRIST. Ahí tiene usted el destino de los que se dedican á quemarse las cejas estudiando en provecho de los demás.

ART. Y en qué consiste que se hace tan poco caso de su talento...?

CRIST. Pues diré á usted: como aquí es tan escasa la gente que se aficiona á los estudios transcendentales y de importancia, resulta que con sus lu-

minosas investigaciones, nos quedamos todos á obscuras. Otra cosa sería si se dedicaran á lo que yo sé.

ART. Hombre, y perdone usted mi atrevimiento; podría saberlo yo también?

CRIST. Sí, señor Quiero decir que otra cosa les sucedería, si se dedicaran á la afición que en España nos dedicamos todos. Vamos á ver si usted acierta cuál es.

ART. (Como queriendo recordar). Una cosa á que son aficionados todos los españoles.. pues... á hablar mal del gobierno.

CRIST. Qué habladurías, ni qué cuerno.

ART. Ah! sí, ya lo sé; á eso, á los cuernos, al toreo.

CRIST. Cabal, hombre. No lo recordaba usted, cuando es lo que nos dá caracter á los ojos del mundo entero.

ART. Sí, señor, lo recordaba: es decir, no lo recordaba; pero me parecía que no habíamos visto una afición muy importante.

CEIST. Pues es extraño, porque entre esos aficionados tenemos que contarnos nosotros. Yo soy abonado perpétuo á una andanada de sombra, y no le dejo mi puesto al sol que bajara.

ART. Yo también soy muy aficionado. Pero vamos, que ya ostoy impaciente por verla. Dónde está?

CRIST. Aquí, mírela usted.

(Aparecen la Afición por la izquierda. Traje de manola.)

EXCENA XXII

DICHOS y LA AFICIÓN al toreo. Después el coro de aficionados.)

ART. (Requebrando, sombrero en mano á la Afición.)
Viva el mérito, y la gracia,
y el salero y el andar,
de la representación
de la fiesta nacional...

AFIC. Quítese usté de delante.

ART. Es que me va usted á enganchar?

viva el pedazo de cielo
que se viene por acá;
y que viva Lagartijo,
viva España, y...

CRIST. (Interrumpiéndole). Basta ya!

AFIC. Cómo por mi aparición
andan tan alborotados?
Yo soy la gran afición
y estos los aficionados.
(Señalando al coro que se presenta en este momento al compás de la)

MUSICA

CORO. Estos que ven ustedes
de porte tan flamenco,
son los aficionados
al arte del toreo.
¡Olé ya!
¡Porque sí!
Que no hay gente que sepa apreciar,
ni sepa distinguir
lo que vale una buena *estocá*
ni los modos de herir,
como estos barbianes
que ustedes ven aquí.

———

UNOS. Cuando mata Lagartijo...

OTROS. Cuando mata Salvador...

UNOS. Cuando el espada es el Guerra...

OTROS. Aunque mate Angel Pastor...

TODOS. Ya me encuentro yo en mi sitio
al empezar la función;
porque no hay una corrida
á la cual no asista yo.

CRIST. (Aparte.) Ni yo.

ART. (Aparte.) Ni yo.

—

CORO. En cuanto sale un toro
y hay un picador
que en consumar la suerte

anda remolón,
yo mismo me permito
llamarle la atención
con las siguientes frases:

UNOS. Sinvergüenza!

OTROS. Más corta!

UNOS. Borracho!

OTROS. Maleta!

UNOS. Miedoso!

OTROS. Tumbón!

UNOS. Y después de la suerte
de banderillas...

OTROS. Y después que el espada
saluda y brinda. .

TODOS. Se va al toro llevando
los trastos de matar
y empieza la faena
de más dificultad;
dos con la izquierda...

OTROS. Cuatro en los mismo cuernos
con la derecha...

TODOS. Hasta que ya dispuesto
se cuadra el animal,
se pincha con coraje
y no es menester más.
(Imitando toda esta faena.)

—

Conque ya saben ustedes.
qué es lo que le gusta más
á la gente de levita,
de chaqueta y de gabán;
pues á todos embelesa
el arte de torear.
Por lo tanto, viva España
y la fiesta nacional.

HABLADO

AFIC. TOR. (A don Cristobal y Arturo)
Ya lo saben; estos son
los buenos aficionados
de sangre y de corazón,

que rinden entusiasmados
su tributo á esta afición.
Afición que es la que impera
con más vigor hoy en día;
que brotó por vez primera
en una tierra hechicera
que se llama Andalucía.
Esa es mi patria, ay de mí!
no sé al acordarme de ella
qué es lo que yo siento aquí;
he gozado tanto allí!
y es tan noble! y es tan bella!
Son tan vivos los colores
de su purísimo cielo!
Son tan gratos los olores
de las delicadas flores
con que nos brinda su suelo!
Ya publican sus mujeres
con su gracia y sus andares,
que no hay duelos ni pesares
en la tierra *e los quereres*,
en la tierra *e los cantares*.
Yo quiero entrañablemente
á aquella tierra del sol;
mas me reclama la gente
y hoy tengo que estar latente
en todo pecho español.
Que aunque digan que el trofeo
de nuestra nación empaña,
yo fundadamente creo
que no hay un arte en España
como el arte del toreo.
Pues causa la admiración
de gente noble y sencilla,
que mientras ve la función...
toma tragos de peleón,
ó cañas de manzanilla.
La manzanilla! Oro fino
de la torera nobleza,
que no hace caso del vino (Rápido.)
que se sube á la cabeza

y comete un desatino.
Los toros! La frase sola
ya parece que destila
toda la sal española
de una graciosa manola
con su mantón de Manila.
Si el nombre de gozo llena,
qué será ver en la arena
la gran figura del toro,
y á los diestros en su faena
con trajes de plata y oro?
No hay nada que comparar
se pueda, ni competir,
con el arte de torear..!

ARR. (Vamos, la voy á citar
á ver si llega á embestir,..)

AFIC. Por eso canta la gente
que esta fiesta tan valiente
su origen tuvo en el cielo,
y vino aquí, mayormente,
por mediación de Frascuelo.
(Murmullos y señales afirmativos en una parte del coro.)
Aunque otros aficionados
se muestran bien enterados,
y afirman, de un modo fijo,
que estos cuernos *trasplantados*
se deben á Lagartijo.
(Idem en otra parte del coro.)
Pero, en fin, sea lo que quiera;
lo cierto y lo verdadero,
es que no hay nada en la esfera
con más encanto y salero
que nuestro fiesta torera.
Y por qué tanta alegría
y tanto primor encierra...?
(Con orgullo y entusiasmo.)
Porque es de la patria mía!
Porque ha nacido en la tierra
dichosa de Andalucía!
Tierra mil veces bendita!

Mi alma con ansia infinita
te recuerda en sus pesares,
porque calma mi *penita*
lo dulce de tus cantares.

CRIST. Vamos, consuélese usté
entonando una canción...

AFIC. Ya lo iba yo á hacer, *gaché*.

CRIST. Mil gracias por la atención.

AFIC. TOR. (En tono despreciativo y altanero,)
Gracias á mí? Para qué?...

MUSICA

AFIC. TOR. Tres cosas tiene España
que mucho valen;
y que son de este mundo
lo más notable;
la tauromaquia,
mujeres andaluzas
y la Giralda.

———

Oló el rumbo
y el salero
de las hembras
de *mistó*,
que son el mejor adorno
de la española función.

———

CORO. Olé el rumbo
y el salero... etc.

———

AFIC. TOR. De empezar la corrida
ya la hora es;
vamos á nuestros puestos.

CORO. Vámonos, pues.

———

AFICIÓN Y CORO. Vivan los cuernos
y la muleta!
Vivan los que usan
poca chaqueta!
Porque ellos son

los que dan fama y nombre
de esta nación.
(Retíranse por la izqnierda.)

ESCENA XXIII

DON CRISTOBAL.—ARTURO.

CRIST. Qué me dice usted de esa afición?

ART. Nada, que la sigo. (Queriendo marcharse.)

CRIST. (Deteniéndole.) Pero hombre venga usted aquí y tenga más cachaza.

ART. No puedo; esa afición me ha descompuesto la cabeza.

CRIST. Bueno, pues yo le daré á usted algunos pases para arreglársela. Verdad que parece increible que haya gente que diga de la fiesta nacional que es monótona y sin sustancia?

ART. Sí que se necesita ser muy corto de vista para no verle la punta á una corrida de toros, que tiene por lo general seis pares de cuernos.

CRIST. Pues... qué quiere usted?

ART. (Interrumpiéndole.) Quiero que me deje ya libre de ver tanto tipo.

CRIST. Bueno, enseguida. Pero, escribirá usted la obra? Le advierto que no le he presentado más que una pequeña parte de las clases de aficionados; sin embargo, estudie el asunto y vea el resultado que de ello puede sacar.

ART. Ya veremos. Estoy temiendo que esta maldita afición de escribir para el teatro me ocasione algún disgusto.

CRIST. No maldiga usted de su afición, y comprenda que sería la persona más infeliz de la tierra, aquella que viviera sin tener ninguna. Así es que deje usted ya la manía de su drama...

ART. Mi drama... (Buscándolo en el bolsillo que lo guardó y no encontrándolo.)... Mi drama, pues calle usted, no lo tengo .. me lo han quitado... lo he perdido... he perdido *La vergüenza*...

CRIST. (Interrumpiéndole.) Sin embargo, cuento con la obra?

ART. Sí, señor, cuente usted con ella. La haré como pueda y ya veremos el éxito que tiene...

CRIST. Pues ahora mismo puede usted salir de dudas.

ART. Sí?...

CRIST. Claro. Con preguntarlo á los señores. (Por el público.)

ART. Es que no me atrevo. Hágalo usted.

CRIST. Yo? Llamaremos á estos para que se lo digan.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—CORO DE AFICIONADOS AL TOREO y los demás personajes de la obra.

MÚSICA

TODOS. Ya la obra ha terminado
y esperando está el autor
que el público aficionado
le demuestre aprobación.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3 y de los Sres. *Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro sin cuyo requisito no serán servidos.